

Documentos

La comunidad de San Egidio y la experiencia de Mozambique

Jesús Romero Trillo

El 4 de octubre de 1992 se firmó en Roma el tratado de paz de Mozambique, fruto de más de dos años de negociaciones gracias a la mediación de la Comunidad de San Egidio. Hasta ese momento San Egidio había sido considerada como una asociación eclesial nacida por iniciativa de unos estudiantes en el año de las revueltas juveniles del '68, y que poco a poco se había consolidado no sólo en Roma, donde empezó ayudando a estudiar a los niños que vivían en chabolas, sino también en otras ciudades de Italia, de Europa y del mundo. La Comunidad de San Egidio, reconocida por el Vaticano como Asociación Internacional Pública de Laicos en 1986, con más de 15.000 miembros y presente en varias decenas de países, incluida España con centros en Madrid, Barcelona y Manresa, representa para muchos el trabajo cotidiano por los más pobres de las ciudades del mundo: niños abandonados, ancianos solos, vagabundos, extranjeros, enfermos de SIDA, etc... ¿Cuál había sido el camino para llegar a convertirse en esta fuerza de mediación tan atípica, y sin embargo, tan efectiva?

La Balsa de la Medusa, 41-42, 1997.

Para San Egidio, el compromiso por los más abandonados de este mundo implica la necesidad de proponer un camino evangélico a la solución de los problemas que se encuentra en su relación cotidiana con los pobres. Dicho compromiso no se limita a la ayuda y compañía concreta en los problemas diarios, sino que se traduce a menudo en denuncia y defensa del más pobre ante la sociedad que le margina, como es frecuentemente el caso de los extranjeros, los gitanos o los vagabundos.

Esta preocupación por la periferia de nuestras ciudades llevó a San Egidio a interesarse por lo que podemos denominar la «periferia del mundo», aquellos países olvidados y abandonados a su destino, a menudo violento e incierto, y que nunca son mencionados por las sociedades ricas a menos que concurran intereses económicos concretos. Desde el principio de los años ochenta San Egidio empieza a trabajar en algunos problemas geopolíticos, en guerras y conflictos concretos, en zonas marcadas por el hambre, por las catástrofes naturales. Esta labor se concretiza en el envío de ayudas humanitarias y de cooperación a países como Etiopía y Eritrea, Rumanía y Albania, El Salvador y Vietnam,

Armenia y Líbano, los kurdos de Irán, Namibia antes de su independencia, y por supuesto a Mozambique. El interés geopolítico ha llevado a esta comunidad a interesarse también recientemente por países como Guatemala, Argelia o Burundi entre otros¹.

La Comunidad de San Egidio en todas sus dimensiones siempre ha obrado por iniciativa propia; es una realidad autónoma dentro de la Iglesia Católica que se siente conmovida ante los dramas cercanos y lejanos de nuestro mundo. San Egidio siempre ha considerado que las religiones pueden ser una fuerza de paz, y en este sentido viene organizando anualmente un encuentro interreligioso entre los principales representantes de las religiones mundiales, siguiendo el organizado en Asís en 1986 por iniciativa de Juan Pablo II, al que también asisten representantes políticos como Mijail Gorbachov, Mario Soares, Feisal Husseini, Ait Ahmed o Ben Bella entre otros. Estos encuentros son una ocasión para el debate y el diálogo entre los representantes políticos y religiosos en diversas sesiones de debate con temas monográficos sobre la Ex-Yugoslavia, Palestina, el Magreb o la Ex-Unión Soviética.

Un fruto de estos encuentros que cabe resaltar es la serie de iniciativas promovidas por San Egidio a petición

¹ Véase *Cambio* 16, 10-7-95; *El País*, 31-10-95, y *Tribuna*, 23-2-96, entre otros

Jesús Romero Trillo es profesor de Filología Inglesa en Madrid y ha participado personalmente en el proceso de paz de Mozambique

de los representantes musulmanes en favor del diálogo entre los líderes argelinos con los encuentros de Roma de noviembre de 1994 y enero de 1995. Para San Egidio el diálogo entre los pueblos, la multi-etnicidad, el pluralismo religioso y el respeto a las minorías son factores claves en la consecución de un mundo más justo. El trabajo por Mozambique se inscribe, por tanto, en este cuadrante de búsqueda del diálogo entre todas las partes implicadas en un conflicto determinado.

Los esfuerzos por llevar la paz a todas las partes del mundo, desde los barrios marginales de nuestras ciudades hasta los países en conflicto ha llevado a San Egidio a ser candidata para el Premio Nobel de la Paz por iniciativa de Mijail Gorbachov, Cory Aquino, Robert Mugabe y Francesco Cossiga entre otros políticos, así como por el presidente de los rabinos europeos, el patriarca ortodoxo de Constantinopla, y por las universidades islámica de Rabat y del Sagrado Corazón de Washington.

Los veintisiete meses de negociaciones entre el gobierno de Maputo, es decir el Frente de Liberación Mozambiqueño (FRELIMO), y la guerrilla, la Resistencia Nacional Mozambiqueña (RENAMO), tuvieron lugar en el antiguo convento trasteverino de San Egidio y de ellas fueron partícipes Andrea Riccardi, catedrático de historia y fundador de dicha comunidad; Matteo Zuppi, sacerdote de San Egidio; Jaime Gonçalves, obispo de Beira, la segunda ciudad de Mozambique; y Mario Raffaelli por parte del gobierno italiano. La historia de las negociaciones no viene de la nada, sino que el

interés por la ex-colonia portuguesa se remonta a 1975 cuando el joven obispo mozambiqueño fue a San Egidio para explicar la difícil situación de su país y solicitar toda la ayuda posible.

La independencia de Portugal y la instauración de un duro régimen marxista-leninista en el llamado «laboratorio socialista de África» habían puesto en dificultad a los misioneros extranjeros que vivían en el país. Gonçalves era uno de los pocos africanos en el clero católico mozambiqueño, puesto que la colonización portuguesa había obstaculizado la formación de una iglesia autóctona que fuera vehículo del nacionalismo. Todo el episcopado era blanco y portugués. Con la independencia la iglesia católica debe abandonar su relación con el cuadro colonial. Dos semanas después de la independencia Gonçalves era consagrado obispo de Beira. En el nuevo Mozambique la iglesia católica es considerada como una reliquia del colonialismo, a pesar de que muchos misioneros habían apoyado abiertamente la independencia. Dice Samora Machel, el primer presidente del nuevo país:

Descolonizar el Estado no es una simple transferencia geográfica del centro de decisión. Descolonizar es esencialmente desmantelar el sistema político, administrativo, cultural, financiero, económico².

² S. Machel, *Mensagem do Presidente da Frelimo*, «Tempo», 209, Maputo, septiembre 1974, pp. 33-45.

Italia era importante para Mozambique por la ayuda a la cooperación fomentada sobre todo por el Partido Comunista Italiano (PCI) de Berlinguer, el cual había lanzado la propuesta del «compromiso histórico» entre comunistas y católicos para dar a Italia un gobierno estable y progresista, y había definido la posición de su partido como «partido laico y democrático, como tal no teísta, no ateísta, y no antiteísta». Riccardi y Zuppi, en vista de la simpatía del gobierno mozambiqueño por Berlinguer, proponen a Gonçalves la entrevista con los cuadros del PCI, lo cual sucede en los locales de San Egidio el 30 de septiembre de 1982.

La situación del país empeora cada vez más con la guerra civil que había comenzado en 1976 con apoyo de Rhodesia, antiguo Zimbabwe, y a partir de 1980, tras la independencia de este país liderada por Mugabe, con apoyo de Sudáfrica, lo cual supuso un refuerzo muy importante. El apoyo principal de la guerrilla en el interior estaba en los campesinos que se resistían a los campos de reeducación, a la colectivización forzada (*aldeas comunais*), a la movilización forzada a zonas inhóspitas del país por motivos de producción agraria (*operação produção*), y por el envío a Cuba de los adolescentes para formación escolar y militar.

A mitad de los '80 el gobierno, debido al descontento popular, empieza a entender que los deseos populares de independencia no iban necesariamente emparejados a los de revolución marxista-leninista y su política se empieza a concentrar en la lucha contra los *bandidos armados* y no en construir un país socialista

ejemplar. Paralelamente la relación de la iglesia mozambiqueña con el gobierno empieza a mejorar.

En 1984 la sequía y la guerra ocasionan el comienzo significativo del hambre en muchas zonas del país. La Comunidad de San Egidio envía dos barcos, en 1985 y 1988 respectivamente, con más de 7.000 toneladas de ayuda humanitaria que fueron distribuidas bajo supervisión personal de Zuppi y Riccardi. Estas ayudas consiguen la confianza del gobierno mozambiqueño en San Egidio.

Mientras tanto se organizan paralelamente encuentros reservados entre responsables de Maputo y la Santa Sede auspiciados por San Egidio. El 28 de septiembre de 1985 Samora Machel visita al Papa en el Vaticano. La audiencia, de gran valor simbólico, fue amigable y distendida, y contribuyó a convencer al gobierno de que los católicos mozambiqueños no eran antipatrióticos y filo-portugueses.

En octubre de 1986 Samora Machel muere por causas nunca esclarecidas en un accidente aéreo mientras sobrevolaba territorio sudafricano, y Joaquim Chissano, el ministro de Asuntos Exteriores, se convierte en el nuevo presidente del país. Chissano es recibido por Juan Pablo II en 1987 y en la audiencia se trata principalmente del tema de la paz en el país. El presidente mismo es quien se despide del pontífice hasta la visita que realizaría posteriormente en 1988.

Justo antes de la visita papal el arzobispo de Maputo, Alexandre Dos Santos (el que fuera el primer sacerdote y obispo nativo del país), es nombrado cardenal y el gobierno de Chissano aprovecha la ocasión para enviar un

representante oficial a la ceremonia en Roma, lo cual da una idea de cómo las tensiones se van limando lentamente.

En el viaje papal al país, del 16 al 18 de septiembre de 1988, Wojtyla habla con Chissano de las posibles vías hacia la paz sin mencionar a la Renamo, que sigue siendo tabú para el gobierno. De hecho Chissano, en el discurso dirigido al Papa habla del grupo guerrillero como de «mozambiqueños instrumentalizados por factores de desestabilización»³. La visita del Wojtyla tuvo una gran aceptación entre la clase gobernante porque en ningún momento se habló del diálogo con la Renamo como temía el gobierno. Con esta visita San Egidio podía dar por superada una de las barreras principales que dividían a la sociedad mozambiqueña. Quedaba sin embargo, el problema del término de la guerra civil. La solidaridad con el país debía llevar a trabajar intensamente por la llegada de la paz, único camino para poner fin al origen de la pobreza extrema de los mozambiqueños.

En 1988 la situación en el país sigue estancada, los enfrentamientos entre Frelimo y Renamo se suceden. El problema que se plantea en aquel momento es llega a tener un contacto válido con la Renamo para poder establecer algún tipo de reuniones que clarifiquen sus planteamientos frente al gobierno. Los obispos intentan algunos contactos a través de los

³ Discurso del presidente de la República Popular de Mozambique a Juan Pablo II el 16 de septiembre de 1988. La buena disposición de gobierno ante la visita se puede observar en el editorial del diario *Noticias* del 12 de septiembre del mismo año.

representantes de la Renamo en el extranjero sin ningún tipo de respaldo gubernativo. A este respecto comentará Chissano que esta iniciativa no es una mediación sino:

«... sobre todo una exploración. Para ayudarnos en primer lugar a descifrar las intenciones de gente que comenzó a disparar antes de hablar: porque la lucha de la Renamo no nace ni de una escisión de partido ni de reivindicaciones no atendidas. Son violencia, masacres y basta»⁴.

Chissano estaba de acuerdo con los contactos que se pudieran establecer entre la Iglesia y los rebeldes, pero siempre a nivel individual y como inicio de la reintegración de los *bandidos armados* en la nueva sociedad postcolonial. Sin embargo, no aceptaba que hubiera ningún tipo de mediación con la Renamo como grupo, porque esto significaría darle el tratamiento de organización política.

Paralelamente San Egidio intentaba tener contactos directos con la Renamo. Matteo Zuppi entra en contacto mediante una artista mozambiqueña, Bertina Lopes, con un italiano que tuvo que abandonar el país y sus pertenencias tras la independencia. Este a su vez puso a Zuppi en contacto con el que decía ser el responsable de la Renamo en el extranjero, Artur da Fonseca. Por aquella época se rumoreaba que la Renamo estaba dividida y también se autoproclamaba representante Evo Fernandes, el cual

⁴ Entrevista a Chissano publicada en *Panorama* el 12 de noviembre de 1989.

había dirigido un intento de negociación con el Frelimo en Pretoria en 1984 cuando Sudáfrica apoyaba incondicionalmente a Dhakama.

San Egidio, para probar si Fonseca era un interlocutor válido del movimiento guerrillero, pide que como prueba sea liberada una monja raptada por la Renamo. El 25 de abril de 1988 la monja es liberada en la frontera con Malawi, lo cual indicaba que Da Fonseca era un interlocutor válido de Dhakama. Pocos días antes de la liberación Fernandes aparecía brutalmente asesinado en Lisboa.

Gonçalves consigue entrevistarse con Fonseca en un convento de franciscanos en Lisboa el 29 de abril de 1988, y de esta reunión se concluye que el arzobispo encontrará a Dhakama en un país africano por determinar. Finalmente este encuentro tiene lugar en el cuartel secreto de la Renamo en Gorongosa, al que acude Gonçalves acompañado con dos desconocidos en un avión privado que parte de Lesotho con rumbo no determinado. El diálogo dura unas dos horas y el arzobispo obtiene una buena impresión y la seguridad del alto el fuego durante la visita papal. Esta era otra muestra del deseo de diálogo por parte de la guerrilla, que ya había incluso escrito al Secretario de Estado del Vaticano, Casaroli, de la voluntad de que el Vaticano ofreciera una mediación.

La capital de Kenia se convierte desde el verano de 1988 en un centro neurálgico de encuentros entre las partes implicadas en el conflicto, aunque todos los contactos se realizarán a través de mediadores puesto que el Frelimo no reconoce a la Renamo

como interlocutor político y sólo acepta un diálogo que tenga como fin su «integración» en la sociedad. Chissano a este respecto declara:

Ponen precondiciones: nosotros deberíamos deshacer nuestras instituciones y reconocerles, de hoy a mañana, el status de fuerza política nacional, como el Frelimo (...) no pueden en verdad pedir a un Estado soberano y respetado, guiado por un partido que nació para conquistar la independencia y defender los intereses populares, que liquide la Constitución, el parlamento, sus leyes. Justamente ellos que tienen al pueblo como blanco de sus fusiles⁵.

La Renamo obviamente no aceptaba esta situación y además estaba convencida de haber vencido la guerra, pues había obligado a negociar al gobierno después de tantos años debido a la crisis interna del país. En dichos encuentros Chissano propone en un documento de doce puntos el reconocimiento por parte de la guerrilla de la legitimidad del Frelimo, de su legalidad, y el inmediato alto el fuego a cambio de la incorporación de los guerrilleros a la vida normalizada, y aludiendo de pasada a la posibilidad de que algunos líderes de la Renamo ocuparan cargos públicos en el país. La Renamo consideró dichas propuestas un insulto, entre otras cosas no se mencionaba el nombre del

⁵ Entrevista a Chissano publicada en *Panorama*, 12 de noviembre de 1989.

grupo guerrillero sino que se hablaba de «elementos hasta ahora implicados en acciones violentas de desestabilización», aunque comúnmente se les seguía denominando *bandidos armados*.

El 14 de agosto de 1989 la Renamo responde al documento con otro que con dieciséis puntos básicamente propone una reconciliación nacional sin vencedores ni vencidos seguida de una reforma constitucional y de elecciones libres. Igualmente se pide el fin de la presencia en suelo mozambiqueño de fuerzas militares extranjeras (soldados de Zimbabwe que suman 12.000 según la Renamo y 7.000 según Maputo y Harare). El intento de negociación había sido totalmente fallido al no querer coincidir ninguna parte con las exigencias básicas de la otra y demostraba igualmente que la mediación de la iglesia local mozambiqueña no era un elemento suficientemente fuerte para obligar a las partes a ponerse de acuerdo.

Mientras la situación en Nairobi no progresa la guerra civil continúa, los soldados de ambas partes están extenuados, las infraestructuras son destruidas, no se puede viajar entre las capitales de provincia por vía terrestre, los prófugos en Malawi, Zambia, Tanzania y Zimbabwe suman más de un millón, hay miles de víctimas por la violencia y el hambre. La renta per capita es de 95 dólares al año, una de las más bajas del mundo (en 1991 será de 80 dólares, la más baja del mundo), los muertos alcanzan el millón.

San Egidio continúa trabajando por la paz en el país y el presidente de

la asociación, Andrea Riccardi, interviene en el V Congreso del Frelimo en julio de 1989 hablando de una paz tan necesaria como el pan y que no ha de llegar tras la humillación de los militantes de la Renamo: es necesaria una «paz generosa». Su intervención es aplaudida por el ala más proclive al diálogo, incluido Chissano. A la vez se proyecta una visita de Dhlakama a Roma, con la precaución de que Maputo no acoja la iniciativa como una ofensa. Con él vendrían otros destacados líderes del movimiento guerrillero. La visita se retrasa por motivos de seguridad al mes de febrero de 1990 y tiene lugar tras un intento fallido de mediación de los Estados Unidos que exigía de la Renamo el reconocimiento de la «legitimidad de la República de Mozambique», a lo cual se negaron rotundamente.

Esta visita hace que se empiece a gestar la idea de organizar encuentros secretos entre delegaciones de ambas partes en San Egidio a petición de un enviado de Chissano; el gobierno mozambiqueño está dispuesto a enviar al ministro de trabajo, Mazula, y al de transporte, Guebuza. Esta disponibilidad del gobierno mozambiqueño tiene lugar tras la visita de Chissano a Estados Unidos en marzo de 1990. Para la ocasión San Egidio había hablado con el Departamento de Estado de modo que también éste hiciera presión al gobierno mozambiqueño para propiciar el diálogo.

Queda ahora el trabajo de convencer a la Renamo para que asista al encuentro. Finalmente llega un representante, Domingos, y pide formalmente en nombre de su grupo que

San Egidio sea anfitrión puesto que la Renamo quiere hablar con el Frelimo (nunca dirá el «gobierno de Mozambique») en Italia. «Roma –dice Domingos– es para nuestro pueblo el símbolo de la paz».

El encuentro romano entre el gobierno y la Renamo es el primero con carácter oficial entre los dos enemigos. Dura del 8 al 10 de julio de 1990 y consta de tres coloquios en los locales del antiguo monasterio trasteverino, sede de la Comunidad de San Egidio, y es mantenido en absoluto secreto. La delegación del gobierno está guiada por Armando Guebuza, ministro de Transporte y Comunicaciones; Teodato Hunguana, ministro de Información; Aguiar Mazula, ministro de Trabajo, y Francisco Madeira, consejero diplomático del presidente. Por parte de la Renamo al frente está Raúl Domingos, jefe del Departamento de Asuntos Exteriores; Vicente Ululu, jefe del Departamento de Información; Agostinho Murrial, del Departamento de Asuntos Políticos, y João Almirante, del Departamento presidencial. Igualmente participan como observadores Andrea Riccardi y Matteo Zuppi, por San Egidio; Mario Raffaelli, por el gobierno italiano, y Jaime Gonçalves, arzobispo de Beira. Posteriormente éstos serían cualificados como mediadores en noviembre de 1990; con un espíritu diferente al característico en otros procesos de paz, no intentarán nunca imponer soluciones inmediatas a los problemas, sino que ayudarán a las partes en guerra a ponerse de acuerdo y a vencer la desconfianza mutua, por ello las negociaciones duraron veintisiete meses.

Vencer la desconfianza es básico a juicio de los mediadores, por ello Riccardi en el primer coloquio del 8 de julio abre los encuentros con las siguientes palabras:

Esta casa, este antiguo monasterio, se abre en estos días como una casa mozambiqueña para los mozambiqueños (...) Sabemos que tenemos ante nosotros mozambiqueños patriotas, verdaderamente africanos, sin la presencia de extraños. Cada uno de vosotros tiene raíces profundas en el país. Vuestra historia se llama Mozambique. Nosotros mismos estamos aquí como anfitriones de un acontecimiento y de un encuentro que sentimos totalmente mozambiqueño. En esta perspectiva nuestra presencia pretende ser fuerte en lo que respecta a la amistad, discreta y respetuosa.

Existen muchos graves problemas sobre el pasado y el futuro. Sabemos que cada problema puede suscitar malentendidos y que se podrán dar muchas interpretaciones. ¿Seremos capaces de superar las dificultades humanas, políticas, que se presenten? Nos viene a la mente una expresión de un gran papa, Juan XXIII, que constituyó su método de trabajo: «preocupémonos de buscar lo que nos une, y no lo que nos divide». La preocupación por lo que nos une puede indicarnos un método de trabajo, el espíritu de este encuentro.

Lo que nos une no es poco, sino mucho. Es la gran familia mozambiqueña, con su muy antigua historia de sufrimiento durante el infeliz período colonial y durante los años más recientes. La unidad de la familia mozambiqueña ha sobrevivido a esta historia de sufrimiento. Nos encontramos hoy, permitanme decirlo, ante dos hermanos, verdaderamente parte de la misma familia, que han tenido experiencias diferentes en estos últimos años, que han luchado entre sí. Por experiencia familiar sabemos que las incomprensiones entre hermanos son a veces las más dolorosas, las más profundas también desde el punto de vista psicológico, porque ponen en discusión las cosas más queridas. Los conflictos con los extraños se pasan. Entre hermanos todo parece más difícil, sin embargo, se sigue siendo hermanos a pesar de todas las experiencias dolorosas. Esto es lo que une, ser hermanos mozambiqueños, parte de una misma familia.

El primer encuentro, que dura poco más de una hora, se concluye con un excelente ánimo dialogante por todas las partes, que se han encontrado y dialogado con mutuo respeto asumiendo la propuesta de buscar lo que une y no lo que divide a la Renamo y al Frelimo. Esta será frase que constituye el eje del comunicado de prensa que se haría público al finalizar las sesiones y el modelo de

trabajo durante las negociaciones. Al recibirse la noticia en Mozambique la gente baila por las calles, es el comienzo del final de la violencia.

La reacción internacional es inmediata, hay gran apoyo por parte de los Doce, de los Estados Unidos, y de la ONU. Las negociaciones habrán de recorrer un largo camino no falto de dificultades, pero este primer encuentro sirvió para que los contendientes se vieran cara a cara, para que se acercaran los enemigos. Quedaban por resolver temas tan importantes como el alto el fuego, las reformas políticas y económicas, la vuelta de los desplazados, la devolución de las tierras confiscadas, y sobre todo, la creación de una nueva cultura de paz en la población para que la eventual firma de un tratado de paz no fuera ajena a la voluntad de los habitantes de Mozambique.

Como era previsible desde el comienzo, el proceso de pacificación iba a ser arduo puesto que ambas partes querían obtener el máximo beneficio en el futuro acuerdo de paz. Es importante señalar en este sentido la crisis en las negociaciones que tuvo lugar en verano de 1991, momento en el que daba la impresión que se terminarían los encuentros entre el gobierno y la guerrilla. Los motivos de esta crisis son diversos y entre ellos se pueden destacar el cansancio y la impaciencia de los representantes ante la duración de las negociaciones. Otro motivo importante es la comparación con Angola, cuya «pacificación» parecía haberse conseguido muy rápidamente, mientras en Mozambique seguía muriendo la población –los mediadores siempre pensaron que no tenía uti-

lidad una «paz de papel» como desgraciadamente fue el caso de Angola y de muchos otros países del mundo.

Respecto a la situación militar, ninguna de las partes en guerra parecía tener posibilidades de aniquilar a la otra. Había terminado el apoyo militar al Frelimo por parte del bloque socialista tras la caída del muro de Berlín, y Sudáfrica estaba más interesada en resolver los conflictos internos que en apoyar guerrillas anti-comunistas en el exterior del país. La población estaba exhausta por la violencia y la carestía de alimentos pero había una especie de máxima en ambos bandos que apuntaba hacia el exterminio total del enemigo. En el país se pide que paren las negociaciones y que primero se pida el alto el fuego y los mediadores son perfectamente conscientes de ello, pero no consiguen convencer a los contendientes de que no se puede llegar al final del conflicto en el frente de batalla y en las negociaciones al mismo tiempo. Los mediadores reciben continuas noticias de amigos muertos a causa de la violencia, incluidos algunos miembros de la Comunidad de San Egidio de Mozambique, pero pese a todo prefieren seguir con los diálogos ya que era un modo de mantener abierto un cauce de pacificación.

Esta estrategia de mantener siempre abierta la comunicación entre ambos bandos tiene su fruto el 18 de octubre de 1991 con la firma por ambas delegaciones del «Preámbulo» que garantiza a la Renamo la posibilidad de moverse libremente en el país y de tener contacto con el exterior. Este documento sería considerado un

gesto de buena voluntad hacia la guerrilla por parte del gobierno y eje central del futuro acuerdo. El texto es el siguiente:

El Gobierno se compromete a no obstaculizar los movimientos internacionales y los contactos de la Renamo en el exterior en el cuadro de las negociaciones de paz. Para el mismo fin se admiten contactos dentro del país entre la Renamo y los mediadores o los miembros de la Comisión mixta de verificación⁶.

En este momento comienzan a llegar a San Egidio millares de cartas de mozambiqueños pidiendo la paz —en la mayoría de los casos son huellas digitales estampadas en papel—, a raíz de una campaña de las iglesias locales. Algunas cartas de misioneros cuentan cómo la población en las zonas controladas por la Renamo se pasa el día entero enterrando a los muertos. Se pasa del término de guerra civil al de genocidio y se recuerda la frase del libro de los Macabeos: «una victoria en familia es la peor de las derrotas».

En este espíritu negociador se perfilan los acuerdos sobre los partidos políticos, sobre el futuro parlamento, sobre la constitución, la ley electoral. Mientras, en Mozambique hay algunos sectores tanto de la Renamo como del Frelimo que no están de acuerdo con el rumbo definitivo de las negociaciones de paz, llegando a amenazar de muerte a los

⁶ Protocolo I. *Dos principios fundamentais*, in *General Peace Agreement of Mozambique*.

obispos que habían impulsado el proceso. Los más escépticos son los hombres fuertes de la Renamo en Gorongosa, que no están seguros de que la compensación arbitrada en Roma a cambio de la paz sea suficiente para resarcir los quince años de guerra y de sufrimiento en medio de la selva.

En junio de 1992 se abordan las cuestiones militares que serán tratadas con los que han solicitado ser observadores de los últimos pasos de las negociaciones: Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Portugal y las Naciones Unidas. Dichos observadores podrán asistir a las sesiones pero sin derecho a la palabra, aunque fuera podrán ejercer libremente de consultores de cualquiera de las partes. Los Estados Unidos habían apoyado la fórmula romana desde el inicio, Portugal ejercía su papel de antigua sede colonial que deseaba el bien para su ex-dominio, Francia y el Reino Unido eran bien vistos por Maputo, y las Naciones Unidas habrían de tener un papel en la recomposición futura del país, aunque —como exigió el Frelimo desde el inicio— sin ejercer un papel demasiado importante como en Camboya.

Las cuestiones más controvertidas se centran sobre la composición del ejército único, de las fuerzas de seguridad, y del cuerpo de policía. El 16 de julio se firma el acuerdo sobre la ayuda humanitaria para todos los habitantes del país mediante la habilitación de dos corredores libres de enfrentamientos militares: la *Declaração do Governo da República de Moçambique e da Renamo sobre os princípios orientadores da ajuda humanitária*.

Mientras en Roma las negociaciones adquieren progresivamente un componente más técnico se comienza a materializar la idea de una cumbre Chissano-Dhlakama que diera una mayor credibilidad a la finalización próxima del conflicto. En un encuentro entre Dhlakama y Mugabe el 4 de julio en Gaborone el líder de la Renamo había dicho en declaraciones a France Presse: «entre hermanos podemos encontrar juntos una solución porque esta guerra no es buena para Mozambique ni para la región» y continuaba diciendo que solo se necesitan garantías «de que ninguno terminará en la cárcel».

La cumbre tiene lugar finalmente en San Egidio del 4 al 7 de agosto con la presencia de Mugabe. Los mediadores quieren que ambos líderes se comprometan a dar algún paso adelante llegando al compromiso por parte de la Renamo de que el Acuerdo General de Paz se firmaría antes del 1 de octubre de 1992, y Chissano se compromete a hacer los cambios oportunos en la constitución para asegurar la libertad de los partidos políticos. Igualmente el 7 de agosto los líderes firman una declaración conjunta que compromete en diversos aspectos a ambos partidos a mantener la estabilidad y la pacificación tras la firma final del alto el fuego.

La perspectiva del 1 de octubre supone un ánimo importante para los mediadores aunque quedan por solucionar algunos aspectos esenciales para la organización futura del país como los servicios de seguridad, el ejército único, la organización de la policía, las garantías del funciona-

miento del proceso de paz, la soberanía de los territorios controlados por la Renamo, la gestión de las ayudas humanitarias, etc... Sin embargo, esta fecha parecía cada vez más imposible de mantener debido a la exigencia de la Renamo de tratar lentamente cada punto de la agenda, como con miedo de que llegara el punto final de una etapa sin estar muy seguros de lo que esperaría después: sufren el pánico de la conclusión, y ésta será la dificultad mayor que habrán de superar los mediadores para poner fin al conflicto de una forma definitiva.

Se decide convocar de nuevo a los dos líderes en Gaborone (Botswana) los días 18 y 19 de septiembre en un encuentro presidido por Mugabe. Tras los coloquios ambas partes emiten comunicados diversos analizando el encuentro de forma positiva, aunque Dhlakama empieza a pensar ya el 21 de septiembre que ha cedido algunos puntos claves —como la cuestión de los territorios controlados por la Renamo— y que Chissano no ha otorgado ninguna concesión significativa. En Gorongosa, cuartel general de la Renamo, se producen sentimientos contrarios al encuentro y parece que hay un retroceso en los ánimos pacificadores de la guerrilla. El gran problema es que no se firmó ninguna declaración conjunta y que no hubo testimonios escritos de lo hablado (todos los documentos oficiales se redactaban únicamente en Roma ante las delegaciones cualificadas), por lo que ambas partes discrepaban abiertamente sobre lo tratado.

Los últimos días antes de la firma, que tendrá lugar el 4 de octubre y no el 1, transcurren llenos de

suspense debido a las declaraciones de Dhlakama al embajador italiano en Maputo (Incisa de Camerana) afirmando que la fecha de la firma se retrasará todo lo necesario hasta que el acuerdo final satisfaga a su organización. El 28 de septiembre Dhlakama escribe a los cuatro mediadores explicando sus recelos ante la fase final de las negociaciones, y termina en los siguientes términos a propósito de los preparativos de la firma con la presencia de autoridades provenientes de todo el mundo:

A causa de todas estas cuestiones, no es imaginable que todos los Jefes de Estado invitados estén presentes (en Roma) a partir del día 1 (octubre). Es necesario antes que todo sea clarificado. Sólo después se podrá definir una fecha segura. Pido a los mediadores que anuncien el retraso del día 1 a otra fecha a precisar, explicando que queda la cuestión de la retirada de las tropas que debe ser discutida. Hay que asegurar, sin embargo, a la Comunidad Internacional que la firma del acuerdo de alto el fuego tendrá lugar en el mes de octubre. Espero que me comprendáis...

Los mediadores deciden contestar a la carta pidiendo a Dhlakama que sea cual sea su decisión debería estar en Roma en la fecha prefijada. Chissano llega el 29 de septiembre y Dhlakama el 1 de octubre. Tras la presencia del líder de la Renamo se inicia un maratón negociador que durará 72

horas ininterrumpidas hasta el momento de la firma final el 4 de octubre, en las que los mediadores van de hotel en hotel negociando los últimos puntos que quedan por resolver - Dhlakama no quiere encontrarse cara a cara con Chissano antes de la firma para no repetir la situación de Gaborone. Un elemento que contribuye a la incerteza de la Renamo es la situación angoleña, con una historia muy similar a Mozambique, en donde el 29 y 30 de septiembre habían tenido lugar las elecciones tras el acuerdo de paz firmado entre el Mpla y la Unita el 1 de junio de 1991. El 2 de octubre se conocen los primeros resultados oficiosos que provocan una gran polémica: Dos Santos del Mpla ha obtenido el 49,5% de los votos, mientras Savimbi de la Unita el 40%. Desde Nueva York Boutros-Ghali asegura de nuevo a ambas partes que las Naciones Unidas mantendrán las garantías de la transición pacífica en el país.

El último punto a resolver el 2 de octubre es el de las zonas Renamo del país. La solución de compromiso adoptada finalmente es la de declarar la unidad única de administración del país según la organización de 1975 tras la independencia. El gobierno se compromete a nombrar gobernadores que vivan en las zonas controladas por la Renamo, los cuales estarán obligados a seguir las directivas de Maputo. En caso de litigio, los gobernadores podrán dirigirse a una Comisión nacional creada al efecto para dirimir las diferencias. Esta resolución es aceptada por ambos líderes el 3 de octubre.

Mientras los mozambiqueños están pendientes de la radio el 4 de

octubre ambos presidentes firman el Acuerdo General de Paz en el palacio de la Farnesina (Ministerio de Asuntos Exteriores) con la presencia, entre otras autoridades, de Pik Botha (ministro de asuntos exteriores sudafricano), Durão Barroso (secretario de estado portugués), James Johah (subsecretario general de la ONU), George Saitoti (vicepresidente de Kenia), Herman Cohen (subsecretario de estado de los Estados Unidos) etc... Los discursos de ambos líderes están cargados de significado para la audiencia que saben les está siguiendo en su país. Dhlakama se dirige a Chissano como «mi querido y estimado hermano Joaquim Alberto Chissano, presidente de Mozambique» y recuerda a las víctimas de la guerra «fratricida» sin especificar ninguno de los bandos. Subraya la ausencia de rencor hacia el Frelimo y desea que la sangre derramada sirva como advertencia para la reconciliación siguiendo una «regla de confianza...en la lucha política y democrática». Declara que «la Renamo respetará el acuerdo de paz... si perdemos las elecciones aceptaremos la oposición». Estas son palabras muy significativas para todos aquellos que hacen referencia a la situación de enfrentamientos militares que vive Angola en esos momentos. Agradece la paciencia de los mediadores: «quiero agradecer a los italianos, por su paciencia, dos años, dos, de negociaciones».

Chissano adopta un estilo más oficial de jefe de estado agradeciendo en nombre de su gobierno a una quincena de estados que han colaborado de un modo u otro en conseguir el final del conflicto, terminando por

agradecer uno por uno a los cuatro mediadores. Chissano insiste que la firma de la paz es «una victoria de todo el pueblo mozambiqueño donde no hay espacio para vencidos y vencedores». Dirigiéndose al «hermano Dhlakama» invita repetidamente a la «reconciliación nacional...alrededor de la misma bandera mozambiqueña». Un emotivo abrazo entre ambos líderes pone fin a la ceremonia. El 5 de octubre Juan Pablo II recibirá a ambos dirigentes a la vez que llegan mensajes de felicitación de todo el mundo.

El Acuerdo General de Paz firmado por Chissano y Dhlakama consiste en establecer «una paz duradera y una democracia estable en Mozambique», obligándose a guardar los siete protocolos acordados durante las negociaciones, que son los siguientes: el Preámbulo, el protocolo sobre los partidos, sobre la ley electoral, las cuestiones militares, las garantías futuras, el alto el fuego, y por último el de una conferencia futura con países donadores. Igualmente el Acuerdo General incluye algunos de los puntos acordados por ambas delegaciones durante los dos años de negociaciones. El acuerdo implica el alto el fuego definitivo –el cual no ha sido nunca violado desde entonces–, la concentración de las tropas de ambos ejércitos para proceder a la desmovilización y fusión en un ejército único, y la libertad de los prisioneros políticos. Una comisión internacional velará por el mantenimiento del Acuerdo durante los primeros meses.

La noticia se recibe en Mozambique con gran alegría, la gente baila por las calles durante días enteros. Sin

embargo quedaba la duda: ¿la paz se mantendrá?, ¿será posible que la gente que sólo sabe hacer la guerra deponga las armas?, ¿se respetarán los acuerdos?, ¿tendrá la Renamo poder para convencer a todos sus seguidores?, ¿se mantendrá el espíritu conciliador cuando se acabe la euforia de los primeros momentos? Con el paso del tiempo se ha podido comprobar que tanto el gobierno como la Renamo fueron fieles a la firma dando un ejemplo de que la paz duradera puede llegar tras una guerra cruel. Al inicio los mozambiqueños no se pueden hacer a la idea de la nueva situación: las jóvenes generaciones no han conocido nunca la paz, la guerra ha provocado casi un millón de muertos, un millón setecientos mil exiliados, cuatro millones de desplazados internos. A esto se añade una economía hundida, la carencia total de infraestructuras, doscientos mil huérfanos, una mortalidad infantil del 250 por mil.

Sin embargo, el deseo de paz en la población es muy fuerte, cesa automáticamente la violencia, se comienza a trabajar en los campos sin miedo a los ataques, se puede dormir por la noche sin tener que estar atento para esconderse, se puede viajar. Los desplazados y exiliados comienzan a volver a casa, la vida poco a poco comienza a cambiar tomando un rumbo totalmente desconocido para todos: Mozambique era definitivamente un país libre y democrático.

El carácter universal del Acuerdo de Paz en el país se pudo observar durante las elecciones generales de octubre de 1994. Era la primera vez que el país entero elegía al presidente y al parlamento que dirigiría la aplica-

ción definitiva de los acuerdos de Roma. Las elecciones fueron una fiesta para los mozambiqueños, todos se vistieron con sus mejores trajes para la ocasión. Los colegios electorales eran en su mayoría edificios medio destruidos por la guerra, centros misioneros o grandes árboles en medio del campo. Toda la población había seguido un sistema riguroso de censo electoral que había durado muchos meses. Cada votante tenía su *cartão* con su nombre y número, el cual era contrastado con el censo que tenía la mesa electoral y con el documento de identidad a fin de evitar posibles fraudes.

Los miembros de la mesa habían sido elegidos entre aquellos que sabían leer y escribir, y eran flanqueados solemnemente por los interventores de los partidos que se presentaban a las elecciones, así como por observadores internacionales llegados de todo el mundo. Las votaciones duraron tres días y en algunos sitios la gente hizo cola durante 24 horas para poder votar, los ancianos y mutilados eran transportados por parientes y amigos, y muchos tuvieron que andar decenas de kilómetros con los niños pequeños a cuestas para cumplir con su derecho al voto. La participación electoral superó el 90%.

Los resultados fueron favorables al Frelimo como partido y a Chissano como candidato a presidente con poco más del cincuenta por ciento de los votos, y la Renamo con Dhlakama al frente obtuvieron en torno al 35%. Las elecciones supusieron el comienzo del funcionamiento democrático del país, circunstancia que afortunadamente

continúa hasta la actualidad cuatro años después de la firma.

La paz en Mozambique es así el resultado de un sueño, el sueño de que es posible hacer algo por cambiar el mundo. Es la constatación de que en una situación internacional en que todos los países, hasta los más pequeños, pueden hacer la guerra, también todos podemos hacer la paz. La Comunidad de San Egidio siempre estuvo convencida de que la paz es posible, de que la reconciliación entre los hombres es responsabilidad de todos. La guerra y la violencia parecen prevalecer sobre la paz en nuestra sociedad, y San Egidio ha sido consciente de ello desde su comienzo cuando se empezó a encontrar con la

violencia de los barrios marginales de nuestras ciudades, con la violencia racista que flagela a los países del norte del mundo, y por esto trabaja en múltiples lugares para que esta violencia cotidiana cese y deje de azotar a los más débiles de nuestras ciudades.

La paz en Mozambique es la punta de un iceberg de solidaridad y amor por los pobres que se construye día a día con los niños abandonados, los ancianos, los vagabundos, los emigrantes... Andrea Riccardi, el fundador de la Comunidad de San Egidio, dijo el día de la firma de la paz refiriéndose a este hecho y citando al Evangelio: «quien es fiel en lo poco, será fiel en lo mucho». Este es el verdadero secreto de la paz en Mozambique.